

## La Medicina Luliana como Neumatología

Kulturföreningen "Ramon Llull". Asociación cultural "Ramon Llull" de Suecia, [www.affatus.com](http://www.affatus.com),

director Rafael Milanés S.

*"Y también dijo el alma al cuerpo que ella había honrado más al hombre que no él; porque él puso en el hombre la naturaleza de las bestias, y ella había puesto en el hombre la naturaleza de los ángeles"*

Ramón Llull, "El Árbol de la Ciencia"

*"Cuanto mayor es la ignorancia de los tiempos modernos, tanto más profunda se hace la obscuridad de la Edad Media".*

Ananda Kentish Coomaraswamy, "Gradación y Evolución. II" p. 10

Escabroso es el tema correspondiente a la responsabilidad en la vida cotidiana y en la ciencia y, en este contexto, en las relaciones entre Ciencia, Razón y Fe, así como la importante temática del **cientificismo** que tanto daño ha hecho a las necesarias relaciones entre ciencia y religión y que ha servido como una suerte de muro de contención ante las tentativas de acciones concordantes entre ambas. Es, sin dudas, un tópico de trascendental importancia hoy día ante la falta de consenso –al decir de A. K. Coomaraswamy– entre científicos ignorantes de la filosofía religiosa y fundamentalistas religiosos atentos a que la verdad de su mito es histórica. Muy variados son los temas que salen a la luz cuando nos internamos en la compleja madeja de opiniones al respecto pero, indudablemente, algo hay que hacer para detener la avalancha de insensateces que caracterizan al científico creído de poseer la "llave del conocimiento" y que no asume su responsabilidad con el ser humano y, primero que todo, consigo mismo.

Soy un simple profesor de biología, y al adentrarme en temas como este, siento la sensación de que no digo todo lo necesario ni de la forma más apropiada pero, cuando todo un poderoso arsenal de esfuerzos se dedica a ensalzar los éxitos de la ciencia y la tecnología y las pocas voces que llaman a la cordura son acalladas por el bullicio ensordecedor de los repetidores de tañidos de campanas, los cuales pocas veces saben a qué se refiere el tema de que tratan, es necesario tomar partido por el orden y la verdad so pena de ver a todos hundirse en la ignorancia. Me refiero a los divulgadores científicos que, muchas veces en su papel de repetidores, confunden dramáticamente el eco mal entendido con el sentido original de lo expuesto. El complejo y dinámico campo de la biología y las constantes trifulcas alrededor del tema de la evolución son un notable ejemplo, en el que los desafortunados libros de texto escolares sufren las

consecuencias, aportando supuestas tesis “confirmadas” que mucho antes ya se habían derrumbado apenas hubieron de salir a la luz. Este problema, que se repite sin cesar en cualquier rama del conocimiento científico, desinforma de manera brutal a la opinión pública, y sienta un negativo precedente que sólo conduce al enfrentamiento y la discordia sin beneficiar más que a mentes mezquinas solapadas tras los eventos noticiosos.

Esto, que es una epidemia en temas de extraordinaria actualidad, se convierte en todo un ejercicio de ininteligencia cuando se refiere a las enseñanzas tradicionales pues, el procaz pensamiento de los divulgadores, acostumbrados a sus propias superficialidades, puede llegar a extremos inconcebibles inventando cuerpos astrales, pseudoastrología, y todo un ejército de pseudoconcepciones, a fuerza de mostrar la incompetencia para entender un legado largamente negado y recriminado como ingenuo y primitivo.

El interés de este escrito es acercarnos a las concepciones tradicionales, y en particular a la Medicina como un ejercicio que concibe al hombre de manera holística pero teniendo cuidado en aclarar que el holismo depende del horizonte conceptual del exponente y que su abarque coincidirá obligatoriamente, con el esquema sistémico del “holista”.

Primero que todo debo hacer énfasis en que la clave para entender las ciencias y todas las doctrinas tradicionales está en despojarse de la pedantería de creer que lo sabemos todo y que tenemos todas las respuestas. Aclarado esto partamos del término Tradicional. Es común entender como tradicional lo que se transmite, sin detenerse a considerar que esto no agota toda la magnitud del término. Así, se califica de medicina tradicional a un conjunto de recetas, técnicas e incluso concepciones sobre la salud y la enfermedad que carecen, en la mayoría de los casos, de un rigor conceptual capaz de resistir un análisis profundo, esto, sin que dejen de ser válidos en cierto sentido. La confusión de lo tradicional con lo folclórico deriva, muchas veces, en que el pueblo se convierte en reservorio de un saber que por lo general ni entiende, pues se le escapa la profunda relación que subyace tras la integridad del pensamiento que sustenta la tesis práctica que asume y ejecuta. Sin embargo, lo tradicional –y la ciencia tradicional que es la que me ocupa específicamente– parte de la *intuición intelectual*, que es supra-individual, por aplicación de lo *principal* a las condiciones de lo contingente o relativo, que es la esfera de acción de la ciencia. Así, es posible demarcar una línea limítrofe entre

la ciencia que se sustenta en un conocimiento supra-individual y aquella que lo hace en un conocimiento específicamente individual, incluso en lo corporal y puramente sensible que es menos aun. Esta es la diferencia entre las llamadas ciencias tradicionales y las ciencias convencionales tal y como las conocemos y entendemos, hasta el punto que las primeras no son consideradas como ciencias y se asumen como una amalgama de ideas inconexas, fruto de la inmadurez de los expositores autorizados. Entendamos que esta última expresión no se refiere a los charlatanes de feria que pululan por doquier suponiéndose poseedores de un saber que apenas comprenden y se autodenominan como expertos en ciencias tradicionales.

Toda civilización tradicional ha tenido sus ciencias y occidente no es una excepción. Hay una Medicina China Tradicional, que no es lo que comúnmente se enseña en occidente en forma de herramientas terapéuticas de aplicación más o menos feliz, como acupuntura, moxibustión, masaje chino, fitoterapia, o dietoterapia enlazadas entre sí externamente. Hay una Medicina Tradicional Hindú, de la que lo mejor conocido es el nombre de Ayurveda, y apenas unas pocas herramientas, como en el caso anterior. Ambas, han sufrido las respectivas castraciones que han permitido “integrarlas” –como eufemísticamente declamamos– a la medicina convencional moderna, sin el menor escrúpulo en cuanto a las consecuencias de su uso. Si desean un ejemplo práctico piensen en una receta de tratamiento contra el asma aplicada en cualquier condición sin reconocer el innumerable arsenal de datos de que se precia un médico tradicional para hacer, por ejemplo crono-acupuntura, donde el diagnóstico del pulso, bastante poco conocido realmente en occidente, es un elemento de inapreciable ayuda, pero de manera alguna el único a usar. Pudiéramos poner otros ejemplos provenientes, esta vez, de la Tradición Hindú y señalar las terapias que usan el Yoga como una simple disciplina de ejercicios terapéuticos de estiramiento y relajación, a las cuales nos entregamos sin considerar los riesgos de poner en práctica una disciplina espiritual, cuya finalidad ni remotamente conocen los que se libran a ella. Hemos llegado, en el colmo de la prepotencia, a considerar, cuando un resultado científico coincide con un postulado tradicional, a decir que la ciencia prueba el conocimiento antiguo, como si las ciencias tradicionales necesitaran de pruebas científicas acaso. Aquí sucede que la persona no tiene en sí misma la más remota idea de lo que es una ciencia tradicional y las consecuencias de tamaña asunción.

Para entender lo que una ciencia tradicional significa, nada mejor que acercarnos a la distinción entre ella y la ciencia convencional considerando la primera como sagrada y la segunda como profana. Esto, sin ningún interés ni propósito peyorativo pues, si de algo se ufana la ciencia profana, es de su carácter no sagrado. Cada ciencia tradicional se caracteriza por el modo en que expresa las condiciones mentales y de todo tipo perteneciente a la tradición de que es tributaria, y si se hacen aproximaciones más o menos aceptables entre el **Ki** extremo-oriental y el **Prana** hindú, no faltan groseras asimilaciones como la de las cinco transformaciones chinas y los cinco elementos hindúes con resultados poco más, que risibles. Esto, cuando la manía de comparación moderna se despliega llegando incluso a tildar de energía a ambas denominaciones sin reparar en que el concepto de energía moderno apela, en su contexto, por demás lícito en la física moderna, a una manera de ver la realidad completamente diferente de aquella en las tradiciones citadas.

Hecho este necesario paréntesis volvemos a las ciencias tradicionales para comentar que, efectivamente, hubo ciencias tradicionales en el occidente donde hoy vivimos, pero su desarrollo en el pasado y su reconocimiento en el presente, nos obligan a acercarnos al contexto teórico medieval donde es la escolástica y sus variantes afines, las que sirven como fundamento teórico imprescindible y, si pensamos en ellas como una suerte de discusiones estériles carentes de sentido entre monjes que no tenían nada más inteligente que hacer, estamos condenados de antemano a no entenderla y fracasar en el intento.

Pudiéramos citar innumerables ejemplos de falsas asimilaciones, además de las ya mencionadas pero no vale la pena tanta reiteración sino que nos enfocaremos en el intento moderno de integrar *ex professo* conocimientos de diversas tradiciones a condición de ver una semejanza en el objeto de estudio y/o de aplicación que, mirado con detenimiento y rigor, conducen apenas a una suerte de sincretismo cuando realmente es una síntesis lo que funciona.

Las ciencias tradicionales medievales, y la medicina es una de ellas, se sustentaban en una concepción cosmológica y supracósmica que le aseguraba una notable solidez y capacidad de previsión en tanto que se fundamentaban en verdades de orden metafísico conocidas **intuitivamente**, de las cuales extraían la infalibilidad que las diferencia

radicalmente del entorno puramente hipotético en que se mueven las ciencias profanas actuales. He marcado el término intuitivamente en negritas *a propósito* para que se entienda que no me refiero a la intuición tal como la entiende la psicología moderna. Esta última intuición es eminentemente infra-racional mientras que la intuición intelectual, que subyace tras los postulados tradicionales, está por encima de la razón y, si fuéramos a darle un carácter topográfico, la deberíamos conceptualizar como supra-racional. Sin embargo, desde que el racionalismo se impuso como corriente de pensamiento únicamente aceptable, lo supra-racional se echa, sin miramientos, en el saco de lo irracional. Cuando no, se le coloca en la fatal designación de “misticismo” que equivale para muchos a superstición o a superchería anticientífica.

Es menester, para entender la medicina medieval, acercarse a la concepción del hombre en las diferentes tradiciones y percatarse cómo coinciden obligatoriamente entre ellas, salvando los modos de aplicación.

Antes del advenimiento del cartesianismo con su máxima, o mejor aún su mínima, de *cogito ergo sum* y su diametral separación bipartita en el hombre, como cuerpo-alma, hubo siempre una clara convicción tripartita que resumiera R. P. Coomaraswamy en su “*Psychological integration and the religious outlook*”, (pp. 3-4).

<b>Español</b>	<b>Latín (Catolicismo)</b>	<b>Griego</b>
Espíritu	<i>Spiritus</i> ( <i>Animus</i> vel <i>Intellectus</i> )	<i>Pneuma</i>
Psiquis, Alma	<i>Anima</i>	<i>Psyche</i>
Cuerpo	<i>Corpus</i>	<i>Soma</i>

Salta a la vista que *Animus* y *Anima* que tienen significados bien diferentes, a veces se traducen por alma en español y se prestan a notables confusiones. Tras la interpretación cartesiana se llegó, de una manera u otra a asimilar el espíritu a la psiquis y hoy día es fácil encontrar la correlación reducida al pensamiento. Entender al hombre es “conocerse a sí mismo” y parece que, tras milenios de búsqueda, estamos ahora desentendiéndolo. Sin embargo, en la Edad Media, dicha asimilación aún no se había producido.

Meses antes de conocer la obra de Ramón Llull, ya estaba preparado por la lectura del complejo trabajo “*Sobre la psicología india y tradicional, mejor llamada ‘pneumatología’*” que es una propuesta de la que nadie puede prescindir si se precia de cuidar su salud o si quiere tener idea de lo que es la psicología como ciencia tradicional. Este trabajo de A. K. Coomaraswamy, que le coloca en la cúspide de los escritores realmente tradicionales, no cita a Llull pero basta con leerlo para saber a qué atenerse cuando se busca un expositor de la medicina tradicional. Mucho impresiona ese artículo meditado y prolíficamente acotado sin dejar espacio a pregunta alguna por parte del lector y con esa cuidadosa delimitación del reporte no haciendo una conclusión a la cual no se pueda referir una autoridad.

Mi interés en este artículo es doble y aprovecho para recordar que en griego la palabra ***Pneuma*** se refiere a lo que traducimos por espíritu en español como expuse en el cuadro anterior. Coomaraswamy, en el propio título aclara que la psicología tradicional debe ser mejor llamada ***pneumatología*** en alusión a que las ciencias sagradas son doctrinas de procesos posibles de liberación (que en términos lulianos, como construcción eminentemente religiosa, se propone como salvación). Al psicólogo tradicional le interesan muy poco los hechos y las estadísticas que la observación de estos pudiera arrojar. La pneumatología se basa en el supuesto de que la vida es un medio para un solo fin: la liberación y esto, aclaro, lo he visto en todas las doctrinas tradicionales y en ninguna de las vertientes del saber científico propiamente psicológico. Salta a la vista que no hay manera de hacer estadística con una ciencia cualitativa como lo hace una de corte cuantitativo.

Ramon Llull (c1232 - c1316) requiere mucho más que este corto apartado pero trataré de presentárselo a ustedes de la manera más sencilla y respetuosa posible. De origen mallorquín, este pensador medieval marca un hito de tal envergadura en el conocimiento que el pensamiento posterior no pudo mantenerse ajeno a su obra, sea directa o indirectamente. Vivió un período de despliegue de una poderosa búsqueda de conciliación del saber “pagano”, que nos llegará a occidente por las traducciones de los pensadores islámicos, con la doctrina católica. La posición que ocupa Llull en este contexto ha sido realmente menospreciada a pesar de los esfuerzos de muchos estudiosos que han delimitado su obra de las múltiples falsas asimilaciones llamadas

ahora “pseudolulismo” y que debieran ser mejor recalificadas toda vez que la influencia luliana es notable en su proyección teórica.

Es obligatorio hacer un breve paréntesis para acercarnos mejor a su calibre intelectual y recordar que la doctrina cristiana, tal como las otras dos ramas del tronco monoteísta abrahámico (la hebraica y el Islam), se asienta en la responsabilidad del individuo frente a su Creador y, en este contexto es harto difícil insertar una estructura de pensamiento cosmológica ya que funcionaría como una especie de factor de intermediación con “sabor” herético. Sin embargo los aspectos cosmológicos, entre ellos la astrología, jugaron un papel de no poca importancia a la hora de presentar un cuadro del mundo que conciliase las verdades de la Fe y la realidad circundante en un impresionante juego de trascendencia e inmanencia que aún sigue manteniendo su frescor a la distancia de varios siglos. La reticencia científica en desdeñar todo conocimiento no demostrable experimentalmente, lejos de resolver un conflicto teórico ha conducido a una pérdida paulatina de la verdadera intelección de esas causas intermedias y proliferan las más absurdas interpretaciones de la relación entre los diversos planetas y estructuras cósmicas y el hombre. Para que se tenga una idea intercalo esta cita de Llull que, por sus intenciones, pudiera ser escrito hoy en cualquier periódico para alertar a los desprevenidos consumidores de horóscopos:

*“Además, queremos escribir este tratado de astronomía para todos los príncipes y poderosos, por tal que con este sepan prevenirse de algunos astrólogos que los engañan con juicios falsos que hacen de los cuerpos supracelestes, porque con las cosas que nos proponemos decir en este tratado, le permitirá a los príncipes y otras personas poder conocer los engaños y las mentiras, que algunos falsos astrólogos intentan ofrecerles, que se hacen con las adivinaciones y con el arte de la geomancia”. (R. Llull, “Tractat d’Astronomia”).*

Lo anterior alerta contra las falsas interpretaciones que se hacían, y aún se hacen, por parte de los que apenas comprenden lo que leen y obtienen beneficios de la ignorancia supina de los contemporáneos al respecto del pensamiento tradicional. Sólo quiero traer este texto de pasada para simplemente acotar que si la astrología y otras ciencias tradicionales, incomprendidas hoy, yacen en el olvido, no es esto generado por la incompetencia de sus expositores serios, sino de la falta de perspectiva de quienes no

saben, o no quieren saber, respecto al carácter eminentemente simbólico de estas ramas de la doctrina tradicional.

Una fabulosa producción en la que se funden la más precisa lógica aristotélica, especialmente su razonamiento deductivo, con un sentido de la analogía que ha sido reiteradamente relegado o contradicho por la perspectiva eminentemente analítica de los modernos, ha provocado que la obra y el arte de Ramon Llull haya quedado muchas veces como una curiosidad enclavada en una encrucijada del pensamiento medieval sin demasiadas consecuencias a pesar de que su nombre está tras las ideas de eminencias científicas hoy reverenciadas como Sir Isaac Newton (1642-1727) y Gottfried Wilhelm von Leibniz (1646-1716) que reconocieron su padrinazgo a la altura de varios siglos, ¿necesitaba la obra de Llull tales reconocimientos para saber de su valía? Evidentemente que no. Esta producción, para no diluirnos en el cuantioso mar de sus obras, la resumiremos con unas breves palabras al respecto del “Árbol de la ciencia” donde hace gala del simbolismo analógico.

El uso del árbol en su esquematización se debe a su interés en expresar las correspondencias entre diferentes niveles de referencia. Llull tiene en mente una obra enciclopédica en la que, gracias a la estructura arbórea, propone la jerarquía del saber incontestablemente. Esta labor, que no es para nada ociosa, permite adentrarse de manera consecuente en su exposición gráfica para sacarle todo el partido necesario. Aquí no vamos a detenernos en este importante punto pero al menos lo citamos de pasada para llamar la atención sobre algo que no es intrascendente.

Quiero atender ahora a su perspectiva de la analogía entre macrocosmos y microcosmos que, para comprenderla y beneficiarse de ella se debe atender a la proyección inversa, dado que a cada paso de las exposiciones de Llull la podemos apreciar implícitamente y estamos obligados a verlo de esta manera para no caer en el error de no entender en absoluto su manera de ver la “homificación” como una expresión contingente y circunstancial del ser que es Dios como principio único, punto de partida y fin (en el doble sentido del término), de todo lo existente. Sólo restaría por recordar que, en la correlación analógica macrocosmos-microcosmos, uno de ellos es imagen del otro y que, en la medida en que nos conocemos a nosotros mismos –recordemos la máxima socrática o pitagórica, o mejor aún platónica de “conócete a ti mismo” que Aristóteles



complementaría de manera magistral en la aseveración de que “el ser es todo lo que conoce” – seremos capaces de conocer el principio y fin de nuestra existencia.

En Llull el árbol de la ciencia es, en toda su magnitud y consecuencia, una ciencia en la perspectiva tradicional y esta quiero que sea la manera en que se contemplen sus enrevesados esquemas pues sólo así pueden ser vistos sin cometer el error de limitarlos considerándolos como “absurdas elucubraciones carentes de sentido” o “fenomenales adelantamientos de las ciencias informáticas contemporáneas” pues ambos, de una manera u otra, traicionan el profundo saber del autor mallorquín.

Sus diferentes “árboles” recorren de un extremo a otro la realidad moviéndose con una seguridad pasmosa en los diferentes niveles de ésta y, si se quiere llegar a comprenderle, habría que mirar el mundo como lo hacía un pensador medieval sin caer en error cuando observemos su geocentrismo pues, si aún hoy queremos enfocarnos sobre el hombre en una ciencia que responda a la plenitud humana, es indudablemente que el enfoque geocéntrico es de inapreciable ayuda como punto de referencia, a pesar de su “inexactitud” astronómica. Así tenemos el **árbol elemental** (referido a la constitución inferior del ser humano), **árbol vegetal** (referido a lo vegetal que también está implícito en el hombre y que forma parte de la constitución animal), **árbol animal** (referido a lo animal que también está implícito en el hombre), **árbol humano** (referido a lo humano y su extensión superior que va más allá de la individualidad), y **árbol celestial** (que recoge la disposición celeste según la perspectiva cosmológica de la Edad Media donde la analogía se hace más notable y enriquecedora). No son estos los únicos árboles de tan ampliamente documentado libro, pero son suficientes para acercarnos a su concepción médica tradicional.

En general, y a modo de guía, podemos anotar algunas consideraciones de sumo interés:

- 1.- Dios es el principio único y el fin de la existencia y las criaturas participan del ser divino en su capacidad de conocer pero esta capacidad es tanto más compleja y perfecta cuanto se acerca el nivel a lo único real, siendo las cosas relativamente reales en la medida en que reflejan más adecuadamente la inmutabilidad del principio pues son como sus receptáculos.

2.- Las criaturas se ordenan según el grado de semejanza y de conocimiento de su origen divino pudiéndose hablar de un nivel de semejanza **elemental** (de acuerdo a la multiplicidad de combinaciones de los cuatro elementos), el de semejanza **vegetativa** (que agrupa los vegetales), de semejanza **animal** (que conoce sintiendo o imaginando) y la semejanza **humana** que conoce intelectualmente y al que se le presentan con plenitud los principios divinos aunque no estén en él las perfecciones de manera ilimitada.

3.- El mundo es un gran símbolo que Lull da como un árbol donde es posible leer e interpretar un sentido a todo lo que es y acontece en calidad de símbolo en el que, salvo la contrariedad, los principios son los mismos tanto para el ser como para el conocer.

4.- En el conocimiento de la naturaleza está implícito tanto el de Dios como el de uno mismo estructurado en una visión tradicional de la perspectiva matemática en forma de aritmología.

5.- Todo lo creado a partir de la irradiación es potencialidad que se expresa en las cuatro primeras esencias cósmicas (igneidad, aereidad, acueidad y terreidad) que son a la vez materia (pasión) y forma (acción).

6.- El mundo celeste, movido por la forma y el accionar de los 7 planetas y los 12 signos zodiacales, permite el despliegue de una astrología que pone en tela de juicio las interpretaciones adivinatorias de su época y adelanta espectacularmente la crítica a las variantes modernas y que, en general, sigue los fundamentos de una astrología tradicional.

7.- El individuo, que es elementado, es realmente un microcosmos donde se producen sucesivas (no de tipo temporal) concreciones que dan lugar a cada nivel ya citado (elementado, vegetal, animal, hombre) en que cada concreción inferior está contenida en la que le sucede de manera que el hombre es un reflejo no sólo ideal sino que toda la naturaleza está en él. El hombre es un resumen de las virtualidades de la creación.

De ahí se puede pasar a entender la exposición de su obra “Comensaments de medissina” (para la traducción al español, fue clave la cooperación del estudioso Luliano,

Dr. Esteve Jaulent, Presidente del “Instituto Brasileiro de Filosofia e Ciencia Raimundo Lúlio (Ramon Llull)” de Sao Paulo, Brasil.

Si de buen agrado colocamos las ciencias modernas o profanas en su justo lugar, con su impetuoso y arrollador despliegue de resultados tangibles, podremos hacer uso de sus notables e incuestionables éxitos y aplicarlos, con las necesarias restricciones que les son inherentes, en el marco de una medicina tradicional como soberano y abarcador campo del saber para centrar la atención en el hombre mismo y salvaguardar su sagrada posición. El hombre nunca podrá ser una estadística por mucho que se empeñen los analistas modernos.

La medicina es un sacerdocio, y si se le quita su profundo valor espiritual, si encerramos al hombre, que es su objeto, en los estrechos marcos de la animalidad, convertiremos esa medicina, como sucede a menudo, en su enemigo irreconciliable.

Cuando reflexionemos sobre el diálogo bíblico entre Dios y el fratricida Caín, nos debemos enfocar sobre la necesaria respuesta positiva a la pregunta con la cual el homicida trató de evadir el reclamo divino. Entonces, ¿“Acaso somos los guardianes de nuestros hermanos”? Claro que sí, al menos así asumo que piensa el médico. La respuesta a esta pregunta saca a relucir una frase que repetimos sin cesar los cristianos pero que, desafortunadamente, muchas veces no paramos mientes en las consecuencias de la respuesta. La sentencia bíblica “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...” (Génesis 1:26) encierra en sí dos verdades irrenunciables. La hechura a imagen alude a que, en nuestra deiformidad, no somos un grado relativo de la animalidad pues somos relativos respecto a la absolutidad divina pero ocupamos el lugar central en nuestro estado, primando la capacidad de posesión de un alma espiritual. Cuando referimos la semejanza se está enfocando sobre el hecho de que la analogía entre el hombre y Dios es relativa. Somos Conocimiento y Amor prolongados por el Poder, lo que, en el sentido humano equivale a decir en virtud de la analogía, que somos inteligencia y sentimiento prolongados por la voluntad. Cada acto debe llevar implícito en sí esta poderosa combinación que nos orienta sustancialmente a la hora de tomar decisiones que llevan en sí nuestra responsabilidad.

Si queremos buscar la sanación y no una simple curación debemos, ante todo, pensar en término de las responsabilidades de nuestros actos y la necesidad de vivir una vida decorosa para que, al final de esta, muramos con la plena conciencia y satisfacción de haberla vivido con plenitud y responsabilidad pues, al fin y al cabo, el final (mirado en el sentido de sucesión temporal sería el final de la vida, pero en realidad el final es a cada instante, lo que le confiere aun una mayor relevancia a la responsabilidad) es responder por las consecuencias de nuestros actos en el momento que enfrentemos las clásicas respuestas que nos siguen a lo largo de la existencia humana.

¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Qué somos? ¿Qué hacemos? ¿A qué vinimos? ¿Hacia dónde vamos? Y, evidentemente, las respuestas de la ciencia atañen la parte percedera de nuestro ser trino que es el cuerpo y la fracción deletérea de nuestra alma pero, por su propio objeto, la ciencia no da las respuestas últimas que día a día nos atenazan con la enfermedad; el recordatorio cotidiano de nuestra responsabilidad hacia nosotros, respecto a nuestros congéneres y ante nuestro Creador.

Toda vez que he tratado de prescindir de las citas en el presente escrito, listo abajo algunas referencias que creo de obligatoria consulta para ampliar en el tema. Personalmente quiero sugerirles encarecidamente, que traten de leer el bien escrito libro del Dr. Héctor Ituarte (ver abajo), filósofo argentino que reuniera en 24 cartas excelentes y bellamente redactadas, una copiosa información imprescindible para entender el saber tradicional expresado en la medicina, y sin el cual, los médicos modernos se verán espiritualmente limitados pues sin el conocimiento analógico, en virtud de la profunda correspondencia entre los diversos órdenes de la realidad, que permite considerar las verdades de orden inferior como símbolo de aquellas de los órdenes superiores, no es posible llegar al conocimiento de éstos últimos.

Enlazar la profunda tradición cristiana con las conquistas de la ciencia actual es la expresión de una medicina que se precie de servir al hombre con responsabilidad. Este es, en particular, el verdadero alcance que subyace bajo el nombre del tema elegido para este comentario en apretada síntesis.

Cuando se tenga el cuidado de prestar atención al impresionante aparato teórico del hoy todavía fresco Arte luliano como resplandeciente luminaria y a sus ciencias

verdaderamente tradicionales que a modo de planetas se mueven en perfectas órbitas a su alrededor, se estarán dando espectaculares pasos en pro de ser realmente consecuentes con un saber que nunca envejece y que nunca se ha perdido, a condición de que sepamos usarlo. Como real depositario de las verdaderas claves del conocimiento tradicional, él se apresuró a develarlas para los oídos receptivos y ojos atentos y felices pues, al fin y al cabo, siempre habrá quien las muestre al ser humano no anquilosado y respetuoso de la ortodoxia tradicional. Entonces, que sea el propio Maestro, que ha llegado a nosotros con el simbólico apelativo de *Doctor Iluminado* quien marque las pautas para poder llegar a disponer de lo que su herramienta gnoseológica ofrece sentenciando, desde su altura conceptual, para quien sepa escuchar que:

***“No es sabio, quien posee la sabiduría sin la bondad”***

Ramon Llull,

*El libro de los Proverbios.*

**Lecturas sugeridas (en orden alfabético):**

- . Coomaraswamy, A. K. (2007). *¿Acaso soy el guardián de mi hermano?* José J. de Olañeta (Editor). 37pp.
- . Cruz, M. (1977). *El pensamiento de Ramon Llull*. Editorial Castalia (publicado a instancias de la Fundación Juan March). 452pp.
- . Guénon, R. (1984). *La Crisis del Mundo Moderno*. Ediciones Obelisco, Barcelona. 114pp.
- . Ituarte, H. (2009). *Cartas filosóficas a un joven médico*. Editorial Hastinapura. 326pp.
- . Juan Pablo II. (1998). Encíclica “*Fides et Ratio*”. Se puede acceder a su versión en español (“Fe y Razón”) en: <http://www.aciprensa.com/Docum/fideter1.htm>.
- . Llull, R. *Comenssaments de medissina*. Texto facilitado por el Dr. Esteve Jaulent. Hay versión en inglés realizada por el estudioso A. Bonner. Como no hay versión en español he hecho una traducción que saldrá próximamente a la luz con el título de “Principios de la medicina” en [www.affatus.com](http://www.affatus.com)
- . Llull, R. (1989). *El libro de los Proverbios*. Miraguano Ediciones. 413pp.

*El presente escrito es resumen de una charla impartida en Junio/2009, preparado en esa fecha y ligeramente modificado en febrero 2013.*